

FONDO HISTORICO

Fondo Histórico

Una corta mirada a la situación histórica en la que el Cristianismo nació y se crió, y en la que los primeros Cristianos mantuvieron el evangelio será útil en la apreciación de uno del mensaje del Apocalipsis. La venida de Cristo y de Su reino había sido ya de tiempo el tema de los profetas de Israel. Los Judíos estaban esperando un Mesías que libraría a la nación de la tiranía de los paganos Gentiles y restauraría la gloria de David y Salomón—más aún, uno que los llevaría a la gloria sobrepasando a aquella de algún período precedente de la historia de ellos. Cuando vino, Romo gobernada al mundo, y Judea era únicamente una pequeña provincia de ese gran y vasto imperio.

Jesús frustró las expectativas de los Judíos; y de esta manera lo rechazaron y crucificaron. Aunque muchos Judíos aceptaron al Cristo y a Su evangelio en los años inmediatamente siguientes a la resurrección, gradualmente se convirtieron en enconados enemigos de la recién nacida fe. La fe del evangelio era para haber sido universal; sus profetas habían profetizado esto, pero los Judíos no podían aceptar a los Gentiles aparte de la ley y la circuncisión. Esto llevó a un diminutivo número de Judíos que aceptaron a Cristo y Su evangelio, y la iglesia pronto se compuso casi exclusivamente de Gentiles.

Por más de siete siglos Roma había estado desarrollándose de un misceláneo o grupo de tribus y ciudades-estados en el norte y centro de Italia—Etruscos, Sabinos, Latinos, Umbrianos, Samnitas y otros—en un poder mundial que circundaba el Mar Mediterráneo. Su territorio se extendía desde Bretaña y España en el occidente y la actual Francia y Alemania en el norte hasta el Eufrates en el oriente y Egipto y Africa del Norte en el Sur. Roma infundió miedo al mundo; su poder parecía infinito e ilimitado.

Muchos años antes de la venida de Cristo las religiones y filosofías del oriente habían estado haciendo incursión en Roma. Deidades extranjeras estaban siendo aceptadas por los emperadores como «aliados» al mundo Romano conquistado y estaban siendo mezcladas o fundidas con las deidades Romanas. Este proceso removió las diferencias religiosas y tendió a unificar a aquellos que vinieron a Roma desde las provincias. El educado tenía poca, si alguna, fe en los dioses como entes o seres divinos; no obstante, la religión mantuvo un profundo e inculcado poder e influencia en los corazones y sobre las vidas de todos. Los ritos y rituales eran entusiasta y solemnemente practicados.

Dentro del siglo antes del nacimiento de Cristo, la aceptación creciente de los emperadores como divinos fue una fuerza religiosa más poderosa. Esto, no hay duda, pudo ser derivado de la influencia oriental de identificar a los gobernantes con las deidades. Mas será dicho más tarde acerca del desarrollo de la adoración al emperador mientras los varios gobernantes sean considerados. Aceptando a los emperadores como divinos y rindiéndoles homenaje originado de un sentido de patriotismo y lealtad a Roma y al emperador. El estado estaba personificado en su cabeza. Haciendo caso omiso de como la base, cruel e inmoral de algunos de estos emperadores era, su posición los emparentaba a deidad; la adoración de estos expresó un profundo-sentado deseo y anhelo del alma humana por una relación al poder divino y supremo.

La meta de Roma era dominar al mundo; edificó un imperio basado en la fuerza, un imperio cuyo gobierno era absoluto. Todo dentro de su dominio tenía que ser leal al emperador y a Roma; esta lealtad encontró expresión en ofrecimiento o quema de incienso a la imagen del emperador. En contraste, Jesús vino a edificar un imperio universal basado en el amor, justicia, y verdad—un reino no de este mundo (Juan 18:36). Como su Rey, requirió lealtad absoluta e íntegra para Sí mismo y Su Padre como el un y único Dios. Los honores divinos no podrían ser divididos entre Dios y el emperador; y de esta manera el choque entre los Cristianos y el paganismo Romano fue inevitable. Cualquier adoración del emperador y el estado «Roma y Augusto,» y la adoración de Dios y Cristo, era completamente incompatible.

No obstante, los Cristianos se consideraron a sí mismos leales al emperador y al estado Romano. Jesús el Rey había dicho, «Dad, pues, a César lo que es de César» (Mat. 22:21), y los dos apóstoles, Pablo y Pedro, les habían enseñado a «Someterse a las autoridades superiores» (Rom. 13.1), a «hacer rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias....por los reyes y por todos los que están en eminencia» (1 Tim. 2:1-2), y, «a someterse a toda institución humana, ya sea al rey como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados» (1 Pedro 2:13-14). El verdadero discípulo hará lo posible por hacer todo esto. El choque que vino, una guerra a muerte, no fue por hacer caso omiso de la ley Romana o traición del gobierno de Roma, sino por la lealtad religiosa.

El siglo antes de Cristo vio el imperio roto por las disputas y guerras civiles, lo cual resultó en el colapso de la antigua forma de ciudad-estado de gobierno. Este fue reemplazado por el desarrollo de un gobierno imperial que se asumiría por cuatro o cinco siglos. Las guerras produjeron condiciones miserables en el oriente; los impuestos, despojos, y un espíritu quebrantado y deprimido dejó a esa sección en matadero. Posiblemente esto ayudó a preparar el camino para el evangelio, «porque la gente desesperada de esta vida terrenal busca consolación en la religión y filosofía que mantenía la posibilidad de una mejor vida—más allá del sepulcro».¹

Fuera de estas guerras civiles Julio Cesar (ca. 102- A.C.), un capacitado general, hombre de estado, y autor, emergió victorioso. César nunca asumió el título de **rey**, pero mantuvo ese de **emperador**, usualmente reservado para los generales en el campo. Su gobierno fue de corta vida, del 48 A.C. a Marzo 5, del A.C., cuando fue asesinado por un grupo dirigido por aquellos asociados, Brutus y Cassius. César tenía muchos planes ambiciosos para Roma, todos los cuales fueron cortados por su intempestiva muerte. Con él empezó el imperio natural del gobierno de Roma. Nuestro interés en César, no obstante, es religioso. En vida tuvo la audacia de presentarse a sí mismo como dios, y a su muerte fue deificado por los leales en el senado, en el 42 A.C.

Con la muerte de César el imperio nuevamente se sumergió en la guerra civil. Hubo una lucha poderosa entre Octavio César (sobrino e hijo adoptivo de Julius) y Marco Antonio en un lado, y Brutus y Cassius en el otro. Octavio y Antonio derrotaron a Brutus y a Cassius en la batalla en Filipos, en el 42 A.C., siguiendo a lo cual los dos hombres cometieron suicidio. El apasionamiento de Antonio por Cleopatra, Reina de Egipto, y la arrogancia de ella llevaron a la guerra entre Octavio y Antonio y Cleopatra. Las fuerzas de Antonio y Cleopatra fueron derrotadas en la Batalla de Accio, en Acaya occidental (Grecia), en el año 31 A.C., después que Antonio y la reina cometieron suicidio. Esto dejó a Octavio el indisputado señor de Oriente y Occidente.

El gobierno de Octavio es fechado desde el 31 A.C., siguiendo a la Batalla de Accio, hasta el 14 D.C. En el 27 A.C. asumió, o tuvo otorgado sobre él por el senado, el título Augusto, que «significa el poseedor de Acrecentamiento sobrehumano, el ‘crecido’ y santificado. El mismo término había sido aplicado en el pasado a los templos y objetos sagrados»,² implicando que tales dioses «eran ‘aumentadores’ y creadores de algo diferente y mejor... De esta manera el título fue conferido a Octavio como el restaurador y ‘aumentador’ del estado, y como el hombre investido con la mas altísima autoridad».³ Fue el primero en usar el término **Princeps**, que en lugar de significar «**un** líder» hubo de llegar a significar «**el** líder».⁴ Es sentido por muchos historiadores que el imperio

ANOTACIONES

fue edificado por los genios de Augusto. Era un hombre de tremenda intuición y habilidad de liderazgo. Se colocó así mismo la tarea de transformar a Roma dentro de los estrechos confines de la ciudad-estado a su posición como gobierno del mundo. Se dio así mismo implacablemente a la tarea de edificar el imperio, reformando las leyes, y dando paz a un mundo cansado de guerra. Y a pesar de los muchos gobernadores egoístas, irracionales e incompetentes que siguieron a Augusto, el imperio fue capaz de experimentar la edad de oro de su historia en los siglos primero y segundo, D.C.

Augusto pareció al principio ser renuente a recibir honores divinos. No obstante, permitió que se edificaran templos y se erigieran altares en su honor en las provincias, pero desalentó a que esto fuera hecho en Roma. A pesar de eso el concepto de divinidad, la adoración de Roma y Augusto, que empezaron en las provincias, rápidamente se esparció. Templos fueron erigidos, nombrados sumos sacerdotes, sacrificios ofrecidos, y juegos públicos celebrados en la manera mas solemne. Estos festivales religiosos y las organizaciones provinciales actuaban como un vínculo sagrado entre la provincia y el imperio y estimuló a la religión del estado.⁵ Aun mientras vivía, la estatua de Augusto fue colocada en el vestíbulo del Panteón de Agripa, donde «estaba asociado con las imágenes de los dioses supremos del templo mismo».⁶ Después de su muerte es referido repetidamente por Tácito como «el Divino Augusto».⁷ Una no estaba en ninguna forma sujeto a esta adoración únicamente, sino que mas bien podía adorar cualquiera o todos los dioses si así lo escogía. La adoración de Roma y Augusto era un símbolo de lealtad al estado. Con la deificación de Julio César y la aceptación del título o nombre «Augusto» por Octavio, el fundamento para la adoración del emperador estaba ahora sólidamente colocado. Con templos y altares dedicados a Roma y Augusto a través de las provincias y con su deificación y estatus en la ciudad de Roma, fue fácil para los incompetentes gobernantes que le siguieron establecer firmemente el culto de la adoración del emperador.

A la muerte de Augusto su adoptado hijastro, Tiberio, se convirtió en el sucesor del trono y gobernó desde el 14 hasta el 37 D.C. Tiberio era el hijo de Livia, la tercera esposa de Augusto, quien influencia a Augusto a adoptar a este hijo de su matrimonio anterior. Esto significa que Tiberio fue emperador a causa del matrimonio de su madre y no a causa de su propio mérito y derecho. Su reino es descrito por los historiadores como «ese de un sabio, e inteligente hombre de estado con un fuerte sentido del deber».⁸ Rostovtzeff dice de él, «Tiberio fue un general competente del antiguo modelo Romano—estricto, metódico, y sinceramente dedicado a su país; y mostró las mismas virtudes como hombre de estado y gobernante».⁹ Suetonio¹⁰ y Tácito¹¹ pintan una descripción muy horrible del carácter moral de Tiberio en la parte final de la vida, pero esta visión es considerada demasiado severa por algunos de los escritores críticos modernos. Suetonio dice que el emperador «abolió los cultos extranjeros desde Roma, particularmente el Egipcio y Judío,» removiendo a los Judíos de edad militar a regiones malsanas y expulsando a aquellos demasiado viejos o jóvenes.¹² Tácito da el número de aquellos reclutados en el ejército como cuatro mil.¹³ Aunque odiado y difamado, Tiberio probó ser el mejor de los cuatro emperadores Julio-Claudianos que sucedieron a Augusto.

Tiberio parece haber estado aturdido con la sugerencia de que él era un «dios.» No obstante, «todas las oraciones eran dirigidas a Tiberio..... Ellos (los Senadores) levantaban sus manos a los dioses, a la estatua de Augusto, y a las rodillas de Tiberio, cuando ordenó un documento para ser producido y leído».¹⁴

Calígula gobernó desde el 37 al 41 D.C. Los primeros ocho meses de su reinado se caracterizaron por la moderación y consideración por el pueblo; pero después de una enfermedad se volvió mentalmente desequilibrado. Es después de eso descrito como uno de los más crueles y degradados de los hombres. Asumió el papel de dios, e «insistió en ser tratado como Dios—enviando por las mas reverenciadas o artísticamente famosas estatuas de las deidades Griegas (incluyendo esa de Júpiter [sic] en Olimpia), y teniendo sus cabezas reemplazadas con la suya propia».¹⁵ «Estableció un santuario de si mismo como Dios, con un Sacerdote, las costosas víctimas posibles, y una imagen de oro del tamaño natural, la cual era vestida cada día con vestidos idé-

ticos a aquellos que él llevaba puestos».¹⁶ Calígula ofendió a los Judíos por medio de mandar que su estatua fuera colocada en el templo en Jerusalén, pero murió antes de que la orden pudiera ser llevada a cabo.¹⁷ Después de gobernar por tres años, diez meses, y ocho días, este tirano demente fue asesinado por dos guardias.

Claudio, quien reinó del 41 al 54 D.C., era el tío de Calígula. Es descrito como débil en cuerpo y voluntad, pero mostró una tradicional devoción Claudiana al deber y al patriotismo. Fue primero controlado por su esposa, Mesalina, en cuyas manos dijo haber sido «un simple títere.» Finalmente fue persuadido a matarla, únicamente se convirtió en la víctima de otra esposa depravada y disimuladora, Agripina, su sobrina. El deseo supremo de Agripina fue conseguir que el infame Nerón, su hijo por un matrimonio anterior, estuviera en el trono. Persuadiendo a Claudio para que adoptará a Nerón, ella planeó y efectuó la muerte de Claudio, de esta manera pavimentando el camino para que su hijo se convirtiera en gobernante.

Claudio restauró los derechos y privilegios de los Judíos que les habían sido concedidos por Augusto pero quitados por Calígula.¹⁸ También, le dio a Agripa, nieto de Herodes el Grande, el reino Palestino antiguamente controlado por su abuelo.¹⁹ Sin embargo, los numerosos Judíos en Roma no la pasaron muy bien. Lucas nos dice que «Claudio había mandado que todos los Judíos saliesen de Roma» (Hechos 18:2), pero no da razón para el edicto. Suetonio dice, «Puesto que los Judíos en Roma causaban continuos disturbios ante la instigación de Chrestus, los expulsó de la ciudad».²⁰ Aparentemente «Chrestus» es un delecto confuso de «Christus,» y se refiere a Cristo. Podría ser supuesto de esto que los Judíos estaban haciendo disturbios sobre Cristo y con los Cristianos en este tiempo, probablemente 51 o 52 D.C.

Nerón, quien sucedió a Claudio, su gran tío y padre por adopción, reino desde el 54 al 68 D.C. Su madre, Agripina, una intrigante y despiadada mujer, jugo un papel importante en su vida. Nerón es de especial interés para nuestro estudio a causa de su persecución de los Cristianos y su relación a la cuestión de la fecha del Apocalipsis.

Los primeros cinco años del período del reinado de Nerón fue moderado y caracterizado por un buen gobierno en el hogar y las provincias, pero fue cada vez mas influenciado por Agripina, su madre, quien trató de dominar su vida. Temeroso de Britannicus, su medio hermano y legítimo heredero al trono, Nerón humo de matarlo, y mas tarde tuvo a ambas, a su esposa, Octavia, y a su madre muertas. Tácito insinúa que los celos de Nerón por Séneca y Burrus, sus tutores y consejeros de los primeros años, le hicieron tener a Burrus envenenado y que le demandara a Séneca tomar su propia vida.²¹ Inquinas de sobresalientes ciudadanos Romanos fueron puestos a muerte por Nerón. Su vida se llenó de crímenes e inmoralidades de todo carácter concebible, con la vanidad y arrogancia, y con derroche y extravagancia lo que añadió impuestos y miseria a los pueblos oprimidos, amenazando al imperio con la bancarrota.

Nerón disfrutaba teniendo el sacrificio del populacho a su imagen, y las personas tenían que pensar de él como un dios. Merle Severy dice en *Quest for Our Golden Heritage*, «En la entrada (de la Casa de Oro de Nerón) permanecía un coloso cuerpo en bronce de Nerón como el dios sol, tan alto como la Estatua de la Libertad».²² Mientras el fin se deducía cercano, Nerón se halló a sí mismo demasiado cobarde para tomar su propia vida y no pudo encontrar a nadie que lo hiciera por él. Finalmente, al enterarse de que una terrible muerte fue decretada para él por el senado, puso una daga en su garganta y con la ayuda de su escriba su vida fue traída a un fin.²³

Nerón es recordado principalmente por el gran incendio de Roma en el 64 D.C. y por su persecución de los Cristianos siguiendo a la gran conflagración. El fuego se inició en la sección de la ciudad conteniendo almacenes apilados con mercancías inflamables. Inmediatamente el fuego empezó a esparcirse, el humo volaba en espiral hacia el cielo, y el viento llevó las llamas de sección en sección hasta que toda la ciudad fue un estrépito infierno. En muchos lugares las personas estaban atrapadas; en otras se pisaron unos a otros tratando de encontrar escape o refugio de las llamas. Es reportado que cuando el fuego fue finalmente tenido bajo control o a sí mismo se

ANOTACIONES

había apagado, la mitad de la ciudad estaba totalmente destruida y la mitad de lo que permanecía malamente deteriorada.

Nerón estaba en Antium al momento del incendio, pero retornó a Roma mientras las llamas se acercaban a su casa. El populacho empezó a buscar una causa para el fuego (que en toda probabilidad fue accidental). A causa de la conducta depravada de Nerón, el pueblo empezó a inculparlo a él directamente, de dar la orden, o indirectamente, de traer sobre la ciudad la ira de los dioses. Todos sus esfuerzos por arrojar la sospecha y acusación fallaron, y tenía que encontrar una víctima propiciatoria. Los Cristianos estaban a la mano para satisfacer esta necesidad.

Tácito dice, «Consecuentemente, para quitarse de encima el reporte, Nerón aseguró la culpabilidad e infligió las más exquisitas torturas sobre una clase odiada por sus abominaciones, llamados Cristianos por el populacho.» El historiador procede a decir de la crucifixión de «Christus» bajo Tiberio, a manos de Pilato, y de la divulgación de la «dañina superstición» en Roma. Los Cristianos enfrentaron persecución a causa de su fracaso en seguir en la corriente general de la sociedad Romana y en su posición a los patrones morales del día. A los ojos de Tácito, la unidad y fe de ellos en Cristo como Rey los convirtió en una amenaza para la meta Romana del poder y unidad mundial.²⁴ Es claro de sus escritos que Tácito mismo no creía que los Cristianos eran culpables de la acción incendiaria, pero refleja un odio por la ignorancia de Cristo y los Cristianos.

En el contexto de su discusión del gran incendio, aunque no en asociación directa con este, Suetonio dice, «Los castigos fueron también infligidos sobre los Cristianos, una secta profesando una nueva y dañina creencia religiosa».²⁵ Schaff dice de la persecución: «Fue, sin embargo, no una estricta persecución religiosa, como aquella bajo los últimos emperadores; esto se originó en una calamidad pública la cual fue desenfrenadamente cargada sobre los inocentes Cristianos».²⁶ Aunque ninguna persecución estrictamente religiosa, como Schaff correctamente lo sostiene, la religión de los Cristianos estaba implicada; de esta manera antagonizada a los Romanos que le dieron a Nerón el escape que buscaba. En contraste, parece claro de la evidencia interna que la persecución bajo Domiciano trató con lo que era religioso en el Apocalipsis.

¿La persecución de Nerón se extendió más allá de Roma a las provincias? Muchos historiadores piensan que no, o al menos consideran la escasa evidencia. Si uno está para juzgar por el testimonio de los escritores paganos y su silencio con respecto a las provincias, parece que la persecución estuvo confinada a Roma. Gibbon, y Milman (quienes editaron la edición 1945 de la historia de Gibbon), confinan la persecución a Roma, no habiendo encontrado evidencia para la extensión de esta más allá de la ciudad.²⁷ Philip Schaff, quien defiende la primera fecha para la escritura del Apocalipsis y se inclina hacia la visión de que la persecución Nerodiana se extendió más allá de Roma, admite que la persecución no fue religiosa sino que Nerón la usó para desviar la atención de él mismo. También, Schaff admite que las primeras evidencias para su extendimiento más allá de Roma es esa de Horacio (cerca del 400 D.C.) y Sulpicio Severo (también cerca del mismo año)²⁸ cada uno de los cuales dependió de Tácito y apareció más tarde para probar el punto. No parece haber razones para suponer que Nerón buscó la destrucción de los Cristianos a través del imperio; él buscó un escape del dedo acusador por un crimen cargado contra él y encontrado en los Cristianos en Roma. La evidencia no indica que la persecución se extendió más allá de Roma en este tiempo. Esto probablemente dio excusa a los magistrados locales a través de las provincias para dar paso a su ira sobre los odiados Cristianos, pero su persecución no fue por un decreto de César.

Coleman-Norton citan de Sulpicio Severo (Chron. II.29.3): «También, después de las leyes editadas de que la religión estaba prohibida, y por abiertamente publicar edictos que no era lícito que un Cristiano existiera»;²⁹ y Tertuliano (145-220 D.C.) dice, «Ustedes (los gobernadores Romanos) severamente dictaminen en sus sentencias, 'no es lícito que usted exista'».³⁰ Si Nerón publicó un edicto para las provincias, ningún edicto tal ha sobrevivido, pero la persecución de los Cristianos en Roma pavimentó el camino para que el Cristianismo se convirtiera en una «religión ilícita o prohibida»

en el imperio.

La muerte de Nerón marcó el final de la línea Julio-Claudiana de los emperadores. Durante los siguientes dos años tres hombres fueron levantados para el trono, únicamente para ser muertos cortamente después. El primero de estos fue Galba. Era de una familia noble e influyente y, como administrador de una provincia, se había distinguido a sí mismo en justicia, disciplina, y valor. Pero cuando se convirtió en emperador por el poder de la espada, su conducta se hizo muy impopular. Suetonio dice que «trató mal a todas las clases en Roma,» especialmente trayendo sobre sí mismo el odio del ejército que lo había elevado al trono.³¹ Después de gobernar por seis meses, Galba fue asesinado por un partido de asesinos de entre la caballería.

Otón, el segundo de los tres, se había unido a Galba en la revolución contra Nerón, pero ciertamente tenía su ojo en las vestimentas reales para sí mismo. Mientras las condiciones se empeoraban bajo Galba, Otho hizo planes para derrocar al gobernador y declararse a sí mismo emperador. Suetonio dice que fue el quien envió la tropa de caballería para asesinar a Galba.³² Elevado por sus soldados, Otón reinó únicamente un corto período. El ejército en Alemania bajo Vitelio juró lealtad a su comandante en lugar de a Otho. Al enterarse de esto, Otho se armó para encontrarse con Vitelio en batalla. Derrotado en la batalla, se suicidó a los treinta y siete años de edad, habiendo gobernado únicamente noventa y nueve días.

Vitelio, un favorito de tres emperadores, Calígula, Claudio y Nerón, fue entonces declarado emperador por su ejército. Su conducta inmoral de los primeros años no mejoró cuando se convirtió en emperador. Suetonio dice de él, sus «vicios de gobernante eran la glotonería y la crueldad».³³ Se impuso a sí mismo y a su petición sobre otros el demandar banquetes a costos tremendos para sus huéspedes y se dio fiestas extravagantes para sí mismos. «Su crueldad fue tal que mataría o torturaría a cualquiera en absoluta por el mas leve pretexto—no excluyendo a los hombres nobles que habían sido sus compañeros de estudio o amigos.³⁴ Dentro del año sus soldados se rebelaron contra él y juraron lealtad a Vespasiano. Cuando Vespasiano propuso a su guardia entrar a la ciudad y encontraron a Vitelio, lo asesinaron, arrastraron su cuerpo al Tíber y lo arrojaron al río. Vitelio era de cincuenta seis años de edad al momento de su muerte y había reinado menos de un año.

Vespasiano, el primero de los emperadores Flavianos, gobernó del 69-79 D.C. Antes de su elevación al trono se había probado a sí mismo un líder y general capacitado en el ejército, y Nerón le había confiado la conquista de Judea. Retornando a Roma para reclamar el trono, dejó a su hijo Tito para la completa conquista de Jerusalén. Acorde a la narración de Josefo, el sitio y caída de Jerusalén ocurrió con un terrible sufrimiento y humillación acumulado sobre los recalcitrantes Judíos. La ciudad cayó en el 70 D.C., después de un heroico, aunque fútil esfuerzo de parte de la nación Judía. Vespasiano y Tito participaron en la elaboración del triunfo dado a los Romanos en el año siguiente.

Vespasiano restauró la paz al imperio; con la excepción de haber abatido unos pocos levantamientos en las cercanías de su dominio, fue capaz de darse a sí mismo a los negocios del estado. Es descrito como un «gobernante sabio, fuerte, sobrio».³⁵ Buscó la restauración del principado así proyectado por Augusto. Suetonio habla bien de él, acusándolo de tener únicamente una falta seria de avaricia. No obstante, los historiadores arrojan el manto de caridad sobre esta falta por señalar la vacuidad del tesoro mientras demandan la necesidad de medios estrictos para suplir la necesidad nacional.³⁶ El emperador murió de muerte natural en Junio del 79 D.C. No parece haber habido confrontación directa entre Vespasiano y los Cristianos.

Tito sucedió a su padre, Vespasiano, pero gobernó únicamente por dos años (79-81 D.C.). Siguió en los pasos de su padre en el intento por restablecer el estado, especialmente sus finanzas que habían sido completamente agotadas por las locuras de Nerón y las guerras civiles del 68-69 D.C. Probó ser un gobernante muy moderado y popular, y bajo su gobierno el anfiteatro de Roma, comenzado por su padre y más tarde

ANOTACIONES

llamado el Coliseo, fue completado y dedicado, en el 80 D.C. Es pensado por algunos que su muerte fue causada por envenenamiento de parte de su hermano, Domiciano, aunque parece haber poca evidencia para esto.

El segundo hijo de Vespasiano, Domiciano, se convirtió en emperador en el 81 D.C., el año de la muerte de su hermano, y gobernó hasta el 96 D.C. Los primeros años de su reinado fueron loables. Suetonio dice que al comienzo de su reinado gobernó en una manera aun uniforme, «eso es decir, sus vicios fueron al principio balanceados por sus virtudes. Más tarde, transfirió sus virtudes en vicios, también».³⁷ Suetonio no cree que el Domiciano fue de mente mala al principio sino que fue llevado a este grado por la falta de fondos y a la crueldad por temor del asesinato. En efecto, Suetonio habla bien de la restricción y conducta de Domiciano en los primeros años de su reinado, pero esto no fue hasta el final.³⁸ En Domiciano el espíritu de Nerón fue reencarnado y pronto sus crueldades y crímenes conocidos no tenían limite. Hombres de notabilidad fueron muertos sobre el mas leve pretexto; crímenes de toda clase fueron perpetrados. Era firmemente descortés y presuntuoso. Su vanidad y arrogancia están bien expresadas en el saludo con que él había de empezar sus cartas, «¡Nuestro Señor Dios les manda a hacer esto!» y «Señor Dios» se convirtió en su título regular en los escritos y conversaciones.³⁹ Imágenes dedicadas a él tenían que ser de oro y de cierto peso. «Todo esto le hizo en toda parte odiado y temido».⁴⁰ Domiciano era consciente de los sentimientos hacia él y vivió sus últimos meses en constante temor y pavor de la muerte. Finalmente una conspiración fue formada, y fue muerto por el mismo mayordomo de Domitila, su sobrina. Murió a la edad de cuarenta y cuatro años, 96 D.C., terminando el reinado de los Flavianos; dos fueron buenos gobernantes y uno un tirano.

A su muerte los senadores derribaron sus imágenes y las rompieron, «decretando que todas las inscripciones refiriéndose a él deben ser borradas, y todos los registros de su reinado destruidos».⁴¹ Esto podría considerarse para la escasa prueba o información histórica de la persecución más allá de Roma. La evidencia concreta de esto ha sido revelada en excavaciones recientes en Jerash, en el Jordán. Removiendo el bajo de lodo y escombros del muro oriental del teatro sur edificado por los Romanos, dos hermosas inscripciones Griegas de la dedicación del teatro fueron descubiertas. En cada una de estas el título de Domiciano es el mismo, pero en ambas su nombre ha sido borrado.⁴² ¿Cuál fue la extensión de la persecución Domiciana de los santos en Cristo, y qué evidencia jurídica tenemos de que él publico un edicto especial contra ellos? Coleman-Norton dice que nuestro conocimiento de su persecución «reposa mayormente en la evidencia literaria y arqueológica».⁴³ En su carta a los Corintios Clemente excusa su demora en escribir «Por causa de las calamidades y reveses, súbitos y repetidos, que nos han acaecido»,⁴⁴ la que indica la persecución en Roma en ese tiempo. Eusebio acusa a Domiciano con perseguir cruelmente a los Cristianos en y fuera de Roma, castigando a muchos con el exilio.⁴⁵ Relata la historia del tirano habiendo llamado a dos parientes del Señor para aparecer ante él; pero sobre la examinación los liberó, estando convencido por «la dureza de sus manos» que eran pobres labriegos, y no competidores del trono.⁴⁶ Es creído que la verdadera razón que Domiciano tuvo con su primo, el Cónsul Tito Flavio Clemente, para matarlo y a la esposa de Clemente, Flavia Domitila, desterrada a la isla de Pandateria, fue que los dos eran Cristianos.⁴⁷ En conexión con esto, Schaff dice que Domiciano «trató de abarcar el Cristianismo como un crimen contra el estado».⁴⁸ La evidencia arqueológica para esta persecución adicional de los Cristianos es encontrada en las catacumbas dentro y en los alrededores de Roma.⁴⁹

Con respecto a la adoración del emperador en Asia, Kidd dice, «La adoración por la que Domiciano estaba hambriento en ninguna parte fue rendida con tanta presteza como en Asia».⁵⁰ Asia era una de las mas prósperas provincias del imperio. Al tiempo de Domiciano esta había sido una provincia Romana por mas de doscientos años. Bajo la república, Asia había sufrido mucho a manos de los magistrados Romanos que buscaban llenar sus propios cofres personales a expensas de las provincias. La gente por tanto dio la bienvenida a Augusto como un salvador, porque la adoración al emperador había estado ya de largo en boga en el Oriente. Fue por tanto fácil para

Augusto ver el valor de loa altares y templos a «Roma y a Augusto.» y uso esto para su conveniencia. Este culto imperial proveería una base para la unidad entre Roma y las provincias y para una expresión de lealtad al emperador. El culto era supervisado y dirigido por la «Comuna» o el «Concilio Común» en la provincia; sin embargo, detalles con respecto a la representación en la «Comuna» se ha perdido. Miembros de este grupo son mencionados una vez en el Nuevo Testamento como siendo amigos de Pablo (Hechos 19:31).⁵¹ Bajo Domiciano, cuando el Cristianismo había obtenido grande reconocimiento en Asia, el conflicto entre los Cristianos y el culto imperial completamente natural e inevitablemente se volvió mas pronunciado, y desde el punto de vista de los Cristianos, se incurrió en la más grande persecución religiosa que antes.

Para los dos siglos siguientes a Domiciano, el imperio fue gobernado por emperadores buenos y malos. Únicamente aquellos que afectaron las fortunas de la iglesia serán tratados aquí. Hasta cierto punto, Roma fue tolerante de los pueblos conquistados. Las religiones antiguas de los pueblos eran toleradas y sus ritos permitidos el ser practicados entre tanto ellos no interfirieran con los intereses del estado. Al principio el Cristianismo fue observado como una secta del Judaísmo a la que Roma le permitió continuar. Pero cuando rápidamente se esparció el Cristianismo empezando a tomar raíces y volviéndose fuertemente atrincherado en los corazones de muchos Romanos subyugados, la actitud de Roma cambio. Fue un número de años antes de que Roma viniera a reconocer que había una diferencia entre el Judaísmo y el Cristianismo, aunque Roma parece nunca haber entendido el Cristianismo. Los dioses Romanos eran nacionales, y en sus ojos universales; ella no podía tolerar un rival. El Cristianismo permaneció en directa oposición a estas declaraciones de Roma, por declarar que era la una y única religión verdadera. A la luz de esta convicción, el Cristiano tampoco podía adorar a las deidades paganas ni aceptar la divinidad del emperador. Esto trajo un inevitable conflicto religioso entre los dos que realmente empezó bajo Domiciano. La persecución inevitablemente siguió.

Algunos historiadores cuentan diez persecuciones principales, otros cuentan pocas menos que diez. Algunas de estas persecuciones, no obstante, no eran comparables a las otras. Coleman-Norton enlista los siguientes diez gobernadores y fechas de las diez mas severas persecuciones de los Cristianos: (1) Nerón, 64; (2) Domiciano, 96 (estas dos han sido consideradas); (3) Trajano, c. 100-113; (4) Aureliano y Cómodo, c. 161-185; (5) Septimius Severo y Caracalla, c. 202-213; (6) Maximinus I, 235-238; (7) Decio y Gallus, 249-252; (8) Valeriano, 251-260; (9) Aureliano, 274-275; (1) Diocleciano, Maximian I, Galerius, y Maximinus II, 303-313. Pero únicamente algunas de estas son encontradas en ordenanzas imperiales indirectamente citadas.⁵²

El sucesor de Domiciano, Nerva, quien gobernó del 96-98, fue un gobernador mas humano y considerado quien amaba la justicia y dedico su tiempo durante su corto reinado a restaurar el orden en el imperio. Mostró gran moderación en el gobierno y tuvo un número de leyes pasadas que fueron de gran beneficio para las masas, especialmente para el pobre. Rechazó o anuló algunas de las intolerables leyes del período Domiciano incluyendo el exilio de las personas por «crímenes» políticos, y permitió a aquellos que habían sido exiliados retornar a sus hogares. Tácito observa que bajo Domiciano muchas de las damas nobles de Roma fueron exiliadas y hechas fugitivas por el emperador.⁵³ Eusebio dice que el tirano «castigó a millares de hombres ilustres con el destierro ...» incluyendo al apóstol Juan, porque acorde a la tradición Juan fue condenado a morar en Patmos.⁵⁴ Schaff señala que Nerva «revocó el exilio,» y rehusó tratar la confesión de los Cristianos como un crimen político.⁵⁵ Eusebio continua diciendo que fue en ese tiempo, bajo Nerva, que Juan fue liberado de Patmos y retornó a Efeso. Sin embargo, reconoce que lo que él dice de la liberación de Juan fue acorde a la tradición.⁵⁶ Esta evidencia circunstancial indica que el exilio fue una práctica de Domiciano, pero no hay evidencia que tal exilio ocurrió bajo Nerón. (Esto parece fuertemente favorecer la última fecha bajo Domiciano sobre la temprana fecha bajo Nerón).

El siguiente resumen de los gobernadores Romanos y de su actitud hacia los Cristianos está incluido de manera que él pueda tener un más claro entendimiento de las

ANOTACIONES

luchas y disputas del pueblo de Dios contra las grandes excentricidades. En la revisión de la historia de este período uno siente una estrecha simpatía con los Cristianos mientras adquiere una descripción más completa de las persecuciones, pruebas, y la victoria que siguió a la década en que el Apocalipsis fue escrito.

Trajano, quien reinó del 98-177 D.C., es reconocido por los historiadores como uno de los mejores, sino el mejor, gobernador que Roma tuvo. Tuvo muchas virtudes como genio militar, hombre de estado, y un perspicaz administrador que estaba enteramente consciente de los problemas que enfrentaba el imperio. Fue, no obstante, completamente ignorante de la naturaleza del Cristianismo. Ciertamente, una falta de entendimiento de los principios y metas básicas de esta nueva y rápidamente esparcida religión parece haber sido una debilidad de todos los emperadores Romanos. Esto es entendible cuando uno considera el fondo religioso de estos emperadores y de su concepto de deidad y de los dioses. Las deidades eran observadas como protectores y proveedores del imperio y estaban para ser adoradas y reverenciadas aun cuando eran abstracciones, invisibles y no se sentían. Desde los días de Augusto, todos los emperadores habían llegado a ser observados como salvadores y benefactores. En ellos la gente encontró algo tangible y personal, y los deificaron como dignos de adoración y sacrificio.

Aunque Tiberio no era tan digno de ser amado, Angus cita antiguos escritores que hablaron de él como «el común Benefactor del mundo,» y «Dios visible;» para los Alejandrinos era «nuestro Dios César.» Una antigua inscripción declara del insano y ruin Calígula: «El mundo no conoce límites para su placer, y todo Estado y pueblo se ha vuelto ansiosamente para contemplar en la cara del Dios como si ahora la época más feliz a descendido al género humano.» Un altar dedicado a Nerón en el 67 D.C. se lee, «al Dios Nerón, el libertador por siempre.» En los ojos de los Griegos Trajano era «Dios, el invencible Hijo de Dios». ⁵⁷ Esto es poca causa para que nos maravillemos de que los emperadores se exaltaron en una atmósfera tal que no pudieron entender el Cristianismo.

Nerón había observado y trató al Cristianismo como una *religio illicita* (una religión ilícita). W.H.C. Frend señala que lo que uno ve en la acción de Nerón «es una aplicación brutal de la administración política...no el comienzo de una política arrojada por un edicto.» Además contiene que la persecución de Nerón fue confinada a Roma y no se extendió a las provincias. ⁵⁸ Esta actitud de Nerón hubo de colocar un precedente que duró hasta la mitad del siglo tercero, y aun entonces fue dejada a un lado solo temporalmente. ⁵⁹ Las persecuciones en el segundo siglo fueron esporádicas y generalmente estimuladas por gentuzas que odiaban a los Cristianos y a su fe. No fue sino hasta el tercer y cuarto siglo que las persecuciones fueron universales en aplicación, y aun entonces no eran continuas.

La correspondencia entre Trajano y su joven amigo Plinio arroja luz sobre la relación de los Cristianos al imperio y de la actitud del emperador hacia los Cristianos. En Septiembre, 111 D.C., Trajano nombró a Plinio embajador para Bitinia. Inmediatamente después de arribar allí Plinio viajó a través de la provincia desde el occidente hasta oriente visitando varias ciudades (111-113 D.C.). Durante estas visitas, se encontró con la cuestión de las actitudes de los Cristianos hacia el sacrificio al emperador y a las imágenes de las deidades nacionales. Nunca antes habiéndose enfrentado con esta cuestión con respecto a la fe Cristiana y no sabiendo cómo hacerle frente a esto, Plinio, como era su costumbre cuando estaba en duda, escribió una extensa carta a su superior pidiéndole guía en el asunto.

La carta revela un número de puntos importantes: (1) Plinio nunca había estado presente en la examinación de una nueva secta, y consecuentemente tampoco conocía las bases sobre las cuales empezar la investigación ni los castigos a suplir en tales casos. (2) Presentó preguntas en cuanto a si un perdón sería concedido a aquellos que se retractaran y negaran a Cristo, y de si un individuo sería castigado por llevar el nombre Cristiano, o por los crímenes asociados con el nombre. (3) El había procedido en los procesos preguntándole a los individuos si eran Cristianos, y advirtiéndoles de

los castigos si eran culpables. Si la persona persistía en confesar su fe, él le hizo la pregunta una segunda y una tercera vez; y si continuaba persistiendo, era llevado a la ejecución sobre la base de la obstinación y testarudez. (4) Plinio testificó el largo número de Cristianos a través de la provincia mientras escribía de la «esparcida y creciente variedad» de los cargos. Parecía desmayar ante el largo número de personas de todas las edades y sexos que estaban implicadas. (5) También entendió que ningún Cristiano genuino negaría a Cristo y quedaría incienso a los dioses. (6) El embajador describió la adoración de los Cristianos como reuniéndose antes del amanecer para cantar, obligándose a sí mismos con un juramento de abstenerse de robar, y adulterar, de no cometer ninguna violación de confianza y de no negar la confianza depositada a ellos. Luego se despiden y se reúnen más tarde para participar de una inofensiva y amorosa comida. No obstante, habiendo ellos abandonado esta última práctica es cuando Plinio les hace conocer a ellos el edicto del emperador prohibiendo tales prácticas. (7) Confiesa que los templos de las deidades paganas han estado casi desiertos, pero que creía que muchos podían ser reformados y llevados de regreso a su adoración ancestral.

En su respuesta, Trajano (1) alaba el curso seguido por Plinio, admitiendo que era imposible «formular una regla general a una política fijada.» Además aconseja (2) que los Cristiano no deberían ser cazados; (3) pero si traídos ante la corte de manera que sean castigados; y (4) si uno negaba que era Cristiano y ofrecía oraciones a los dioses, sería perdonado. (5) El emperador además mandó que los cargos anónimos no deberían jugar parte en la cualquier acusación.⁶⁰ Varios factores interesantes son traídos a la luz de esta correspondencia: (1) Aunque la práctica había hecho parecerlo así, no hubo un edicto general publicado proscribiendo la religión Cristiana, y aunque la carta de Trajano no fue designada para pronunciarlo, para todos los propósitos prácticos se hizo. Desde el tiempo de Nerón el Cristianismo había sido considerado una *Religio illicita* que si se confesaba debía ser castigada. (2) Cada caso fue determinado sobre su propio mérito o demérito. (3) Los Cristianos no debían ser buscados. Esto en sí mismo fue una admisión de que los Cristianos no eran criminales; pero que si ellos habían sido criminales, el emperador no podía asesorar en cuanto a lo que él hizo. Esto contesto la pregunta de Plinio: el crimen estaba en el nombre de Cristo y no en los actos como crímenes asociados con su religión. (4) El decreto prohibiendo el testimonio unánime o cargos fue para el beneficio del Cristiano. A la luz de estas consideraciones es claro que ni el emperador ni aquellos que le siguieron estaban inclinados a empujar el asunto de la investigación y castigo de los Cristianos. Esto coloca a Trajano en una posición para empujar el asunto de la investigación y castigo de los Cristianos. Esto coloca a Trajano en una posición desagradable de acusar y castigar a los sujetos como criminales mientras no los buscaban a ellos como tales.

Durante el reinado de Trajano, 115 D.C., hubo un levantamiento Judío general que sumió a la mayoría del mundo Helénico. Los Judíos habían cruelmente matado a muchos Gentiles, pero cuando la revuelta fue aplastada por el ejército de Trajano en el 117 D.C. las represiones fueron tan despiadadas como había sido el levantamiento Judío. En las mentes de los Romanos los Cristianos estaban aún demasiado cerca al Judaísmo para escapar completamente a esta retribución, consecuentemente, muchos Cristianos sufrieron durante este período. Pero aun cuando Trajano era un noble gobernador, muchos líderes fieles entre los Cristianos en las provincias sufrieron el martirio.

Dieciséis años después de la revuelta de los Judíos bajo Trajano hubo otro levantamiento de la nación durante el reinado de Aelius Hadrian (117-138). Durante una visita a Palestina en el año 130, Hadrian decidió reconstruir a Jerusalén, intentando hacerla una ciudad pagana. Esto enfureció a los Judíos y contribuyó al levantamiento y rebelión de los Judíos (132 D.C.) dirigidos por Simo Kosba, a quien los Judíos llamaban *Bar Kochba*, «El Hijo de la Estrella.» La rebelión fue completamente aplastada por las fuerzas de Hadrian (135 D.C.) quien dejo a Judea humillada, sin piedad mató a medio millón de Judíos, y vendió a otros miles en esclavitud.

Durante este período los Judíos añadieron a su expediente el sufrimiento de los Cristianos por la persecución, así indicado por Justino: «En la guerra Judía que finalmente

ANOTACIONES

se enfureció, Barchochebas, el líder la revuelta de los Judíos, dio órdenes de que los Cristianos solo serían llevados al cruel castigo, a menos que negaran a Jesucristo y pronunciaran la blasfemia». ⁶¹ Después la rebelión fue aplastada, la ciudad de Jerusalén fue reconstruida, renombrada Aelia Capitolina (honrando al emperador Aelius Hadrian), y declarada ser una ciudad pagana. Un templo dedicado al dios Romano Júpiter fue erigido en el sitio del antiguo templo de Jehová, y a los Judíos se les prohibió sobre pena de muerte el entrar a la ciudad. Poco es sabido de Jerusalén desde ese tiempo hasta el período de Constantino (307-337 D.C.), quien hizo posible para amos, Judíos y Cristianos entrar a la ciudad.

Bajo el reinado de Hadrian la cantidad de Cristianos fueron en algo tranquilizados por la disposición y actitud del emperador, aunque su posición legal permanecía lo mismo. En respuesta al Procónsul de Asia, Caius Minucianus Fundanus, quien solicitó la ayuda en el trato con los Cristianos, el emperador declaró: «Si alguien trae una acusación contra alguno de estos hombres (los Cristianos) fuera de la mera calumnia, usted procederá contra el correspondiente en proporción a su criminalidad e infligirá severos castigos». ⁶² En la respuesta del emperador tres puntos se mantienen firmes: (1) La política de Trajano continuaba permaneciendo en fuerza, (2) los magistrados no estaban para perseguir a los Cristianos a causa del clamor y prejuicio popular, y (3) pesados castigos debían ser impuestos sobre los falsos acusadores. Sin embargo, a pesar de la posición de Hadrian hacia los Cristianos, hubo un número de martirios bien autenticados registrados bajo su reino.

Durante este período del desarrollo del estado legal de los Cristianos en el imperio incluyo la diferenciación entre los Judíos y los Cristianos. Parece que el emperador y sus consejeros hicieron las distinciones que no habían sido claramente trazadas antes.

Antoninus Pius (138-161 D.C.) es recordado por su clemencia hacia sus sujetos y por la indulgente administración de la ley existente. Ambos, los historiadores seculares y los Cristianos apologistas sostienen el testimonio de su espíritu benigno y humano. Es descrito como un gobernador conservador, religioso y noble. Como hombre de estado dejo que la ley tomará su curso; como religioso estaba dedicado a la adoración de los dioses nacionales y fue a sí mismo adorado durante su tiempo de vida. Pius tuvo poca simpatía hacia los Cristianos, pero, en su visión, representó una separación de la religión del estado.

Con poco o ningún incentivo se dio a aquellos que querían denunciar a los Cristianos, las comunidades Cristianos permanecía como sociedades ilegales. ⁶³ Bajo el reinado de Antoninus Pius muchos Cristianos fueron martirizados, entre estos estaba Policarpo, un obispo de edad y maestro de la iglesia en Esmirna. Eusebio parece colocar su martirio durante el reinado de Marco Aurelio, ⁶⁴ pero Stevenson defiende la fecha (Febrero, 156) bajo el reinado de Pius. ⁶⁵ Para un detallado registro del proceso y martirio de Policarpo véase Stevenson, ⁶⁶ o el registro en la carta de la iglesia a Esmirna a la iglesia en Philomelium. ⁶⁷

Bajo los reinados de Antoninus Pius y Marco Aurelio (161-180 D.C.) a los Judíos se les restauró sus privilegios anteriores al 130 D.C. Una vez mas el Judaísmo fue reconocido como una *religio licita* (religión lícita o legal), pero los Judíos fueron confinados a estrechos límites geográficos. Donde quiera que ellos pudieran, los Judíos suscitaban problemas contra los Cristianos, aun uniéndose a los paganos contra ellos. Su odio contra los Cristianos fue demostrado en el proceso judicial de Policarpo mientras se unían con los paganos gritando por la muerte del santo de edad; y cuando fue determinado que sería quemado en la estaca y la leña estaba siendo reunida para el fuego, «los Judíos como era usual se mostraron a sí mismos especialmente celosos en la obra (de coleccionar la leña)». ⁶⁸

Marco Aurelio Antonino (161-180 D.C.), el filósofo estoico que siguió a Pius en el trono Romano, es descrito por T.R. Glover como un hombre «que tuvo siempre un horror morboso de profanación de los hombres y mujeres de mentes ordinarias, —un insaciable por la paz y la simpatía; se contrajo en sí mismo, condonado e ignorado». ⁶⁹

A pesar de cualquier buena cualidad que pudiera haber tenido como hombre y gobernante, Aurelio persiguió a los Cristianos. Vio en ellos deslealtad al estado; su fe inquebrantable, firme era un fuerte contraste con su propia mente titubeadora. Era de gran importancia para los Romanos que los dioses fueran honrados, porque creían esto necesario para el bienestar del estado. En la visión Romana, los Cristianos eran ateístas porque no creían en los dioses y no los adoraban. La disposición de Aurelio hacia Roma y la ley Romana, y el menosprecio de los Cristianos por la muerte y escarnio por la adoración de «Roma y Augusto,» hizo al emperador agriamente opuesto a aquellos que sostenían la religión de Cristo.

La política imperial no estaba ahora partiendo de una actitud algo tolerante de Trajano y Adriano. Los Cristianos estaban siendo buscados por la persecución, especialmente en el período 166-178 D.C., aun cuando la retractación aun incluía el perdón y el escape la muerte. Kidd cita de Lightfoot como diciendo, «Las persecuciones bajo Marco Aurelio se extendieron a través de su reinado. Fueron fieras y premeditadas. Se agravaron, al menos en algunos casos, por crueles torturas. Tenían la sanción personal del emperador». ⁷⁰ Aurelio fue muerto en el campo de batalla, 180 D.C., pero las persecuciones finalizaron en el reinado de su hijo, Cómodo. El peso total de la opinión publica estaba detrás de las persecuciones.

Este período produjo muchos apologistas entre los Cristianos, pero fallaron en sus esfuerzos por mostrar la lealtad de los Cristianos a Roma. Entre el número de apologistas martirizados bajo Aurelio estaban Justino Mártir quien, con cinco de sus amigos, fue traído a Roma para el proceso judicial. Aquí los seis fueron procesados ante el prefecto Rusticus, quien encarecidamente trato de persuadir a los seis para que negaran a Cristo y quemaran incienso a César. El intento no fue aprovechado, y ellos fueron sacados y decapitados. ⁷¹

En los años siguientes a la muerte de Marco Aurelio, 180-235, los Cristianos fueron ganando poder y respeto; a pesar del carácter de Cómodo, hijo de Aurelio (180-192), muchos jueces imparciales presidieron en las cortes antes de que los Cristianos fueran procesados. Cómodo es descrito como «un segundo Nerón o Domiciano, rememoró las más malas reglas de las dinastías Julianas y Claudianas». ⁷² Descuido la administración y los asuntos militares para gastar «su vida en continuos libertinajes y en la gratificación de su mórbida pasión por el arte gladiador». ⁷³ Su reinado fue la repetición de la loca tiranía de Calígula y Nerón. La absorción en sus propias lujurias y pasiones dejaron poco tiempo para que los Cristianos; no obstante, fueran martirizados en aquellos apacibles días. ⁷⁴ Cómodo fue asesinado en Diciembre 31 del 192 D.C.

Ciertamente durante este período (180-235 D.C.) la fe estaba expandiendo y volviéndose fija como una de las principales religiones del imperio Romano. No obstante, los rivales de Cristianismo estaban también prosperando. El período de Severi (193-235 D.C.) vio la devoción al culto imperial sin disminución en la capital o en las provincias. ⁷⁵ La religión oficial de los dioses Romanos aun dominaba la vida religiosa yataba conjuntamente el patriotismo local y regional en una simple lealtad al imperio. Para la mayoría de los sujetos Romanos la grandeza de Roma estaba personificada en el emperador. El permanecía como mediador entre los sujetos y los dioses que representaban su garantía de paz y seguridad. ⁷⁶

A la muerte de Cómodo (192 D.C.) el imperio nuevamente estaba lanzado en un estado de guerra civil. Después de un corto gobierno de dos emperadores, cada uno de los cuales fue asesinado con conspiración de los soldados, Séptimo Severo (193-211 D.C.) fue colocado en el trono por su ejército. Por entre los años 195-200 también como desde el 208-212 hubo persecuciones esporádicas de los Cristianos. Fueron despreciados como los miembros más bajos de la sociedad y estuvieron siempre sujetos a persecuciones de corta vida acorde a los antojos y caprichos de los gobernadores individuales. Pero el celo de ellos nunca se descolorió, y causa de su ardor y actividad el gobierno se volvió alarmado, temeroso de que la conversión de individuos pudiera llevar a la deserción *en masa* de la religión oficial del imperio. En un esfuerzo por contrarrestar esta esparcida conversión al Cristianismo el emperador Severo elaboró

ANOTACIONES

un edicto en el 202, en el cual «bajo pesados castigos prohibió convertirse en Cristianos». ⁷⁷ Esta persecución parece haber sido estimulada por severos terremotos en Asia Menor, por los cuales los Cristianos fueron tenidos como responsables. En este tiempo una furia popular ardió contra los Cristianos. ⁷⁸ En su prohibición de los Cristianos el emperador también incluyó a los Judíos, prohibiendo que cualquier ciudadano abrazara la fe Judía. ⁷⁹

Esta fue la primer persecución oficial por edicto; fue dirigida a los nuevos conversos, y revocada la regulación de Trajano que los Cristianos «no debían ser buscados». ⁸⁰ También, este fue el primer movimiento coordinado contra los Cristianos. Los santos sufrieron grandemente en todas las principales ciudades, Cartago, Alejandría, Corinto, y Antioquía, donde fueron quemados, azotados, y decapitados. La persecución Cartago, Alejandría, Corinto, y Antioquía, donde fueron quemados, azotados, y decapitados. La persecución parece haber sido especialmente terrible en Roma. ⁸¹ La simple profesión de Cristianismo fue su pecado, ningún crimen de perversidad contra el emperador o la sociedad.

Hubo cuatro de los emperadores Severanos: Séptimo Severo (193-211), un hábil gobernante a pesar de su persecución de los Cristianos: Caracallos (211-217), célebre por su brutalidad; Heliogobulus (218-222), célebre por su corrupción; y Alejandro Severo (222-235), célebre por su sabiduría y justicia en los asuntos del gobierno. El reinado de Alejandro Severo fue seguido por un período de colapso en el imperio, un período de confusión en que la espada sentó y desbancó emperadores a su voluntad. Reino la anarquía; el país fue gobernado por los militares. La tribulación, el despojo, y el estancamiento de la literatura y el arte caracterizaron el tercer siglo. Entre el 235 y el 285 D.C. hubo veintiséis emperadores Romanos; y solo uno de ellos murió de muerte natural. ⁸²

Maximin (Maximinus) (235-238), Decio (249-251), y Valeriano (253-260) declararon guerra abierta contra los Cristianos. Rostovtzeff dice, «Una y otra vez, con ardiente actividad, persiguieron no únicamente individuos sino toda la sociedad en las personas de sus principales y gobernantes». ⁸³ Maximin fue un enemigo para el senado, la clase media, y los Cristianos. Odio a su predecesor, Alejandro Severo, con una pasión y empieza su persecución por medio de ejecutar a aquellos de la corte anterior del emperador y a la familia junto con los otros a quienes Alejandro había favorecido. La persecución empieza con la ejecución de los líderes de la iglesia, pero eventualmente se extendió hasta incluir a otros Cristianos. El emperador intento revivir el paganismo a través de las provincias, demandando que todos los hombres, mujeres, y niños participaran de los sacrificios y libaciones a los dioses. ⁸⁴ La persecución fue especialmente severa en Capadocia donde la Aristocracia Romana consideraba a los Cristianos como revolucionarios potenciales y donde la chusma provincial encontraba en ellos víctimas listas, culpándolos por un severo terremoto y otros desastres naturales. No obstante, las persecuciones por estas calamidades naturales no vino del emperador, sino del gobernador de la provincia, «un severo y terrible perseguidor.»

Gaius Decio fue proclamado emperador en Septiembre del 249, y reinó hasta cerca del fin del 251. Entre las varias tareas difíciles que enfrentó fue la de restaurar la disciplina Romana tradicional. En su esfuerzo por llevar a cabo algunas medidas de éxito al hacerle frente a sus problemas por medio de unir todas las fuerzas en su ayuda, llamó a todos a la adoración de los dioses titulares. Fue probablemente este deseo para consolidar el imperio por un retorno a las virtudes y costumbres Romanas tradicionales que lo movió a perseguir a los Cristianos. La disposición negativa de los Cristianos hacia Roma y sus cultos, la negativa de ellos a adorar las deidades Romanas, levanto entre el pueblo una divulgada hostilidad hacia la iglesia.

Poco después de llegar al oficio Decio pronuncio un edicto real contra los Cristianos. ⁸⁵ Aunque el contenido ha estado perdido, sabemos que el edicto «fue la señal para una persecución que, en extensión, consistencia y crueldad, excedió a todas las anteriores...y fue la primera que cubrió todo el imperio». ⁸⁶ Decio parecía determinado a exterminar la religión Cristiana; sus medios severos fueron rigurosamente aplica-

dos. El oficio de censor fue revivido y confiado al senador Valeriano, quien fue comisionado para corregir todos los abusos, fuera en el senado, en el gobierno, o en alguna otra parte.⁸⁷ Este primer edicto fue dirigido primeramente contra los obispos y otros altos oficiales de la iglesia; exigidos todos a unirse en los sacrificios y homenajes a los dioses titulares del imperio.

Este fue seguido por un segundo edicto que cito a todos—hombres, mujeres, y niños—a saborear la comida ofrecida en sacrificio y a vaciar libación a los dioses. El castigo por rehusar era la muerte, y una comisión fue nombrada en cada ciudad para poner en vigor el decreto del emperador. Cuando una persona admitía la demanda para el sacrificio, un certificado le fue dado declarando su residencia, sexo, y ocupación y certificando que había sacrificado. Si él no lo admitía, era probado ante el procónsul; si continuaba en profesar su fe, en un esfuerzo por romper su constancia era torturado, sujeto al encarcelamiento, exiliado, despojado de su propiedad, o amenazado con la muerte. Si esto fallaba, era muerto. La persecución no busco hacer mártires, pero en lugar de su propósito parece haber sido el de destruir a la iglesia: (1) por medio de destruir la organización a través de un ataque en sus líderes, y (2) por medio de hacer apóstatas, de manera que el prestigio de la iglesia sufriera y declinara.⁸⁸ En el conflicto muchos apostataron; pero para el crédito y la gloria de ellos, muchos permanecieron firmes y soportaron los terribles sufrimientos infligidos sobre ellos. La persecución disminuyó con la muerte de Decio en el campo de batalla (Junio, 251).

Aunque algunos dicen cientos y otros dicen miles, únicamente Dios sabe por seguro cuantos fueron martirizados en esta gran persecución. La iglesia se había vuelto débil durante un largo período de paz desde los días de Severi, y muchas personas riqueza habían sido atraídos a esta. Aunque muchos murieron por la fe, hubo una «apostasía en grande» la cual presento un problema a la iglesia cuando la persecución estuvo encima.⁸⁹ Las pruebas de la corta pero aguda persecución de Decio hizo mucho para purgar a la iglesia de aquellos cuyas convicciones eran débiles. Una destacada diferencia es detectada entre esta persecución y las de antes: la simpatía del pueblo Romano parece ser ahora por los Cristianos, mientras que antes habían estado contra ellos.

Los primeros varios años del reinado de Valeriano (255-260) son descritos por Eusebio como pacíficos para la iglesia. El emperador es descrito como «dulce y amable era con los servidores de Dios».⁹⁰ No obstante, cerca de la mitad del camino de su reinado se volvió contra los Cristianos, persiguiéndolos fieramente. Hay una opinión dividida sobre la razón para el inesperado cambio en la actitud y conducta. Frensd sugiere que fue la riqueza de algunos Cristianos que habían tomado refugio en la iglesia; Eusebio dice que el emperador fue influenciado por su ministro, Macriano, quien odiaba la fe y deseaba destruirla.⁹¹ Junto con estas razones, una tercera probable es el sentimiento de que los Cristianos sostenían en la forma de la Antigua Roma el deseo por restaurar la unidad del imperio, ahora empezando a ser hostigado por los invasores bárbaros.

El primer edicto de Valeriano (257 D.C.) fue moderado; el emperador buscaba detener el Cristianismo sin derramamiento de sangre. Durante este tiempo Cipriano, líder de la iglesia en el Norte de Africa y obispo de la iglesia en Cartago, fue procesado y enviado al exilio.

El segundo edicto del emperador (258 D.C.) fue mucho más severo, imponiendo la pena de muerte. Los martirios se siguieron; Cipriano fue una vez mas procesado y esta vez fue decapitado (258).⁹² Decio había tratado de forzar a los Cristianos a volverse apóstatas de la fe, pero Valeriano busco destruir la iglesia, su jerarquía, su adoración, y su propiedad. La persecución de Valeriano parece haber sido más severa en el occidente que en el oriente, donde la simpatía por los Cristianos era más fuerte. La persecución continuó sin disminuir durante el año 259, pero llegó a un fin cuando Valeriano fue capturado en la batalla con los Persas (260) y más tarde asesinado.

El hijo de Valeriano, Galanas (253-286), había sido co-gobernador con su padre por siete años, y se convirtió en el único gobernador a la muerte de Valeriano. El nuevo emperador pronto promulgó un edicto (que ha sido preservado por Eusebio) prohi-

ANOTACIONES

biendo la persecución de los Cristianos.⁹³ Este acto de Gallienus restauró el derecho a la adoración y a mantener los cementerios de los Cristianos, ambos, los cuales eran muy importantes para ellos.

El Cristianismo era ahora declarado que no estaba ni fuera de la ley ni contra esta.⁹⁴ El edicto introdujo una paz para los Cristianos la cual duró por un período de cerca de cuarenta años, durante el cual la iglesia creció numéricamente—aunque muchos compromisos fueron hechos con el mundo y las doctrinas humanas. Gibbon dice que la prosperidad del período «fue mucho más peligroso para la virtud de ellos (los Cristianos) que los severos procesos de persecución».⁹⁵ Por el tiempo del gobierno de Diocleciano la condición espiritual de la iglesia confirmó la observación de Gibbon.

La persecución final contra los Cristianos, ejecutada por el emperador Diocleciano y sus co-gobernadores, Maximian, Galerius, y más tarde, Maximin II, fue tan severa que esta hizo de todas las persecuciones previas descoloridas en último término. Diocleciano fue declarado emperador por su ejército en Septiembre, 284, y reinó hasta que abdicó al trono en Mayo, 305, y fue sucedido por Galerius, su yerno y César en ese momento.

Un nuevo orden de gobierno fue introducido por Diocleciano. Poco después de su selección como emperador giró a Maximian para llenar el papel de César. Luego en Abril 1, 286, Maximian fue nombrado junto a Augusto con Diocleciano y Galerius y Constantino fueron seleccionados como Césares para trabajar con los dos Augusti. El gobierno de varias porciones del imperio fue distribuido entre los cuatro, pero Diocleciano mantuvo el principal poder entre ellos. Bajo él la autoridad imperial se volvió absoluta.⁹⁶ El senado perdió casi todo su poder, y al mismo tiempo la primacía de Italia se terminó. Milán, el cuartel general de Maximian, reemplazó a Roma como la capital de Italia; Trier, en Alemania, fue la base del gobierno de Constantino en el occidente; Nicodemia, en Bitinia, fue hecha la capital de Diocleciano; y Sermiun, en la provincia de Pannonia, fue el centro administrativo de Galerius.

Aparentemente, la persecución no empezó inmediatamente a la ascensión de Diocleciano y su co-Augusto; en efecto, parece que en aquellos primeros años ellos no rompieron la tregua religiosa que había estado preservada desde Gallienus. No obstante, a pesar del edicto de Gallienus, el Cristianismo no era aún reconocido como una *religio licita*.⁹⁷ Eusebio dice que fue en el año diecinueve del reinado de Diocleciano que la persecución estalló.⁹⁸

Describiendo a la iglesia antes de la persecución, Eusebio declara que los Cristianos disfrutaron de libertad, tuvieron altos posiciones oficiales en el gobierno, fueron excusados del sacrificio, y poseyeron espaciosos edificios. Pero también describe la posición interna de iglesia como corrupta y llena de hipocresía, avaricia, y odio. Los creyentes estaban casi listos a levantar los brazos contra los otros.⁹⁹ Hubo muchos Cristianos en la casa y corte de Diocleciano. Su esposa e hija eran sumamente amistosas a la fe, y es probable que fueran Cristianas.¹⁰⁰

El espacio no nos permite una discusión profunda de las causas posibles de la persecución, y Diocleciano parece haberse opuesto a esta. Suficiente decir que Galerius fue un agudo enemigo de la iglesia y poseyó un implacable odio para esta. Muchos historiadores sienten que él fue la fuerza movedora detrás de los edictos. Debe ser recordado que en la mente Romana la paz y la prosperidad dependían en la adoración popular y la reverencia por los dioses tradicionales de Roma. Los Romanos creyeron que estas eran aun las fuerzas que preservaban el universo y el imperio.¹⁰¹ No obstante, la más grande barrera entre el Romano y el Cristiano era la adoración del emperador. Para el Romano tal sacrificio era un tributo de respeto al gobernante de la Roma mundial, pero para el Cristiano esto era la misma esencia de la idolatría. La fe en los dioses debía ser rechazada, pero los Romanos no estaban listos a aceptar el Cristianismo como una alternativa. Gibbon piensa que Diocleciano pudo haber sido movido por el temor de la opulencia de la iglesia, su organización (como una entidad dentro del estado), su gobierno por sus propias leyes y magistrados, y su tesoro inde-

pendiente. También piensa que el rechazo de la iglesia de los dioses y las instituciones Romanas fueron probables factores contribuyentes.¹⁰²

Junto con estos factores, otro enemigo había aparecido en la escena en la persona de Porfirio, el «profeta de la gran persecución,» quien fue un hábil escritor y agudo enemigo del Cristianismo.¹⁰³ Su arma era la pluma. Escribió voluminosamente, con notable fuerza contra todo el sistema Cristiano, y por muchos años sus escritos fueron la principal fuente de material para los oponentes de la fe. Finalmente el tiempo hubo de llegar para una acción definitiva. El paganismo Romano, impregnado en la mente popular, y el Cristianismo no podían durar lado a lado—uno tenía que continuar. El conflicto sería tan largo y agudo, peleando hasta la muerte de uno y la victoria del otro. Por este tiempo la pelea fue inevitable.

Sospechas se montaron en la provincias; aumentaron las presiones; los soldados que rehusaron el sacrificio fueron despedidos, dándoles castigo corporal, y retornados a la vida civil privados de ciertos privilegios y derechos. Para el 301 la manipulación de este problema se fue desarrollando en una persecución.

Durante el invierno del 302-303 Diocleciano y Galerio gastaron mucho tiempo junto en Nicodemia donde es pensado que Galerius trato de persuadir al emperador para proclamar el edicto de persecución, y apelando al oráculo de Milisian Apollo, Diocleciano decidió en favor de la persecución y proclamó el edicto en Febrero del 303. La persecución empezó en Nicodemia. En vista de que el emperador se opuso al derramamiento de sangre, al principio los edificios de los Cristianos fueron destruidos, sus propiedades confiscadas, las Escrituras quemadas, y aquellos de posición honorable fueron rebajados y degradados; pero la tortura y el derramamiento de sangre pronto siguió.¹⁰⁴

Dos incendios que estallaron en el palacio imperial, falsamente inculcados a los Cristianos por Galerius, inspiro el segundo edicto contra ellos.¹⁰⁵ Hay fuerte sospecha y evidencia de que los incendios fueron puestos por Galerius mismo de manera que los Cristianos pudieran ser culpados. Este segundo edicto fue dirigido especialmente contra el clero, los líderes de la iglesia, demandando que se entregaran encadenados a las autoridades y encarcelados hasta que fueran obligados al sacrificio. El tercer edicto, publicado en Diciembre del 303, mandaba la liberación de aquellos que sacrificaran, «pero desgarrar con torturas innumerables a aquellos que no lo hicieran».¹⁰⁶

El cuarto edicto fue promulgado en el verano del 304 durante una severa enfermedad de Diocleciano. Es incierto si este fue publicado por Maximian o Galerius, pero la mayoría de los historiadores lo atribuyen a Galerius. El edicto más severo promulgado hasta este punto, invoco por una persecución general. Todos los hombres, mujeres, e hijos debían ofrecer una libación o sufrir el castigo de la muerte. Innecesario decir, muchos rehusaron y fueron muertos.

En Mayo del 305 Diocleciano y Maximian abdicaron como Augusto, con lo cual Constantius y Galerius fueron aclamados como Augustos. Severo y Maximin II fueron nombrados Césares. Maximin, el primo de Galerius, fue igual a él en crueldad y aún le sobrepasó en la invención de medios de tortura. De igual manera Galerius es descrito por Lactantius como uno de los más malos y crueles de todos los perseguidores, tanto de los Cristianos y Paganos.¹⁰⁷

El quinto edicto contra los Cristianos vino en el verano del 306, en la forma de una carta de Maximin invocando a cada uno, indiferente de sexo o edad, a sacrificar en los templos bajo la supervisión de los magistrados. «Esta instrucción reforzó la ordenanza de dos años de antigüedad, a la que le había sido permitido un intervalo, o represento un período de chequeo de los apóstatas.¹⁰⁸ Los castigos fueron atroces y severos.

El sexto de la serie de edictos del período de diez años fue nuevamente proclamado por Maximin en el otoño del 308. Este llamó por la re-edificación de los templos pa-

ANOTACIONES

ganos y los altares y decretó una vez más que todos deberían ser forzados a sacrificar y hacer homenaje a las deidades. Todos fueron obligados a experimentar los sacrificios y también fue ordenado que todo artículo para la venta en los mercados deberían ser profanados con las libaciones (sangre o vino) de los sacrificios paganos. Los guardias, cuya obligación era contaminar a aquellos que habían sido purificados, fueron colocados ante los baños.¹⁰⁹ Esto fue ciertamente un esfuerzo de parte de Maximin por revivir el paganismo.

En el año 311 Galerius estuvo muy afectado por una enfermedad incurable,¹¹⁰ similar a aquella de Herodes (Hechos 12:23). Atormentado por una «pena furiosa» y comprendiendo que la muerte estaba cerca buscó hacer alguna expiación por sus fechorías por medio de publicar un edicto de tolerancia hacia los Cristianos, suspendiendo la persecución.¹¹¹ Esta fue una gran victoria para los santos; y aunque muchas persecuciones estaban por venir, una batalla había sido ganada y el olor de victoria estaba en el aire. Un gran paso hacia la libertad religiosa había sido llevado a cabo. Poco después de la proclamación del edicto Galerius murió (311). Maximian había muerto cortamente antes que él (310) y Diocleciano murió en el 313.

Maximin ignoró el edicto de toleración promulgado por Galerius, y en el otoño del 311 inició un esfuerzo final para destruir el Cristianismo. Esta persecución fue llevada a cabo con tal vigor y ferocidad que fue probablemente la más severa de todas, culminando el período entero desde Nerón hasta Constantino. Ambos, Eusebio y Lactantius en términos severos y penosos el horror de la ejecución del edicto y los terribles sufrimientos de los Cristianos, una increíble ultraja de los hombres sobre los seres humanos.¹¹²

En el año 313 Maximin fue derrotado en la batalla contra Licinius, emperador del oriente, y acorde a Lactantius, algún tiempo después se quitó la vida, sufriendo una muerte terrible.¹¹³ Poco antes de la derrota de Maximin, Maxentius fue derrotado por Constantino, el hijo de Constantius, en una batalla peleada en el puente de Milvian exactamente al norte de Roma. Con la derrota de Maxentius en el occidente y la de Maximin en el oriente, Constantino y Licinius se convirtieron en los únicos gobernadores del Imperio Romano. Después de la victoria de Constantino, los dos hombres se reunieron en Milán y redactaron lo que es conocido como «el Edicto de Milán», el primer documento de su clase en los anales de la historia humana. El edicto, que tuvo efectos bien distantes, concedió tolerancia religiosa universal; y aunque no declaró fuera de la ley al paganismo, concedió a los hombres el derecho para escoger su propia religión y la deidad a quien adoraría. Los diez años de batalla habían sido largos, duros, sanguinarios, pero esta ahora había sido ganada por el Cristianismo y la causa de Cristo. El Cristianismo se había convertido en una *religio licita*.

El conflicto entre los Cristianos y los Judíos empezó en los primeros años de la fe. Como el Cristianismo se divulgó, por tanto se hizo guerra contra este. Los magistrados de las provincias fueron influenciados a perseguir la iglesia en sus varias ciudades. Agitación tras agitación de persecuciones llegaron hasta que finalmente hubo una guerra total entre la fe de Cristo y el paganismo del Imperio Romano.

Una declaración esclarecedora de Coleman-Norton cerrará esta sección: «De los 249 años desde la primera persecución bajo Nerón en el 64 hasta la paz final bajo Constantino I en el 313, es estimado que los Cristianos soportaron persecución cerca de 129 años y disfrutaron de tolerancia cerca de 120 años. Pero este cálculo debe ser calificado por las circunstancias que aun en los períodos de comparativa paz los Cristianos estuvieron siempre expuestos al prejuicio pagano y odiados no únicamente en Roma y en Italia, sino también en las provincias, y que las indubitables esporádicas y espasmódicas borraduras de los Cristianos ocurrieron no pocas veces ante los magistrados, quienes obedecieron los estatutos existentes y ordenaron la ejecución de los Cristianos de esta manera denunciados».¹¹⁴

Anotaciones al Pie

ANOTACIONES

- ¹M. Rostovtzeff, *Rome*, Pág. 156.
- ²Michael Grant, trans *Tácito — Los Anales del Imperio Romano*. Baltimore Penguin Books, 1968. Clave para términos Técnicos, Pág. 402.
- ³Rostovtzeff, Pág. 166.
- ⁴Grant, Pág. 407.
- ⁵Abbi Duchesne, *The Early History of the Christian Church*, Pág. 7.
- ⁶Rostovtzeff, Pág. 190.
- ⁷Tácito, *Anales*, 1.10,11, y otros.
- ⁸Angus, «Tiberius,» I.S.B.E., Vol. V, Pág. 2979.
- ⁹Rostovtzeff, Pág. 194.
- ¹⁰Suetonio, *Tiberius*, Pág. 42-67.
- ¹¹Tácito, *Anales*, I.4, 6.
- ¹²Suetonio, 36.
- ¹³*Anales*, II.85.
- ¹⁴*Ibíd.*, I.11.
- ¹⁵Suetonio, *Gaius Calígula*, 22.
- ¹⁶*Ibíd.*
- ¹⁷Josefo, *Antigüedades*, Tomo 3; Libro XVIII; Cap. 8:2-9; Págs. 259-264.
- ¹⁸Josefo, *Antigüedades*, Tomo 3; Libro XIX; Cap. 5; Págs. 307-309.
- ¹⁹*Ibíd.*, Tomo 3; Cap. 6; Págs. 309-311.
- ²⁰Suetonio, *Claudius*, 25.
- ²¹*Ibíd.*, XV. 60-64.
- ²²*Greece and Rome, Builders of Our World*. Washington: National Geographic Society, 1968, Pág. 21. Véase también Suetonio, *Nerón*, 31.
- ²³Suetonio, *Nerón*, 49
- ²⁴Tácito, *Anales*, XV. .
- ²⁵Suetonio, *Nerón*, 16.
- ²⁶Schaff, *History of the Christian Church*, Vol. I, Pág. 378.
- ²⁷Edward Gibbon, *Decline and Fall of the Roman Empire*, I:605.
- ²⁸Schaff, Pág. 389.
- ²⁹P.R. Coleman-Norton, *Roman State and Christian Church*, Vol. III, Pág. 1179.
- ³⁰A-N-F. Vol. III, Apology, Cap. 4, Pág. 21.
- ³¹Suetonio, *Galba*, 16.
- ³²*Otón*, 6.
- ³³*Vitelio*, 13.
- ³⁴*Ibíd.*, 14.
- ³⁵C. K. Barnett, *The New Testament Background: Selected Documents*, p.18.
- ³⁶Suetonio, *Vespasiano*, 16.
- ³⁷Suetonio, *Domiciano*, 3.
- ³⁸*Ibíd.*, 9.
- ³⁹*Ibíd.*, 13.
- ⁴⁰*Ibíd.*, 14.
- ⁴¹*Ibíd.*, 23.
- ⁴²American Schools of Oriental Research. Mewsletter No. 4. Octubre, 1974.
- ⁴³Coleman-Norton, Pág. 1179.
- ⁴⁴A-N-F, Vol. I, p.5. La fecha de la carta de Clemente a los Corintios es incierta. Si es temprana, entonces en el 68 D.C. o cortamente después; pero si no es en ese tiempo, entonces cerca del 97 D.C. Los editores de la edición Edinburgh, Roberts and Donaldson, colocan la fecha cerca del 97 D.C. Con alguna renuencia A.C. Coxe editor de la edición Americana quien añadió las notas y prefacios al volumen I, acepta la fecha hacia el cierre de la vida de Clemente.
- ⁴⁵Eusebio, H.E., Tomo 1, Libro III, Cap. 17; Pág. 161.
- ⁴⁶*Ibíd.*, Cap. 20; Págs. 164-165.
- ⁴⁷B. J. Kidd, *A History of the Church*, I.72.
- ⁴⁸Schaff, Vol. II, Pág. 44.
- ⁴⁹Kidd, I:73.
- ⁵⁰*Ibíd.*, Pág. 74.
- ⁵¹Para una discusión de la adoración al emperador y la Comuna véase Ramsay. *The Letters of the Seven Churches in Asia*, Págs.. 92-113; Kidd, Vol. I, Págs.. 74-75; Swete, *Apocalypse of Saint John*, lxxxvi-xc.
- ⁵²Coleman-Norton, Pág. 1179.
- ⁵³*Agricola*, 45.
- ⁵⁴Eusebio, H.E., Tomo 1; Libro III, 17-18; Págs. 161-162
- ⁵⁵Schaff, Vol. II, Pág. 45.
- ⁵⁶Eusebio, H.E., Tomo 1; Libro III; Cap. 20; Pág. 165.

ANOTACIONES

- ⁵⁷S. Angus, *The Religious quest of the Graeco-Roman World*, Págs.. 27-28.
- ⁵⁸W.H.C. Frend *Martyrdom and Persecution in the Early Church*, Pág. 166.
- ⁵⁹Kidd, Vol. I, Pág. 233.
- ⁶⁰Plinio: *Letters and Panegyrecus*. Vol. II. Book X. 96.
- ⁶¹Justino Mártir, *Apología I*, 31, A-N-F, I. Pág. 173.
- ⁶²Kidd, I;241.
- ⁶³Frend, Pág.255.
- ⁶⁴Eusebio, H.E., Tomo 1; Libro IV; Caps. 13-15.
- ⁶⁵J. Stevenson, *A New Eusebius*, Pág. 25.
- ⁶⁶Ibíd., Pág. -24.
- ⁶⁷A-N-F. Vol. I. Págs.. 33-44.
- ⁶⁸Stevenson, Pág. 22.
- ⁶⁹T.R. Glover, *The Conflict of Religion in the Early Roman Empire*, Pág. 200.
- ⁷⁰Kidd, Págs.. 249-250.
- ⁷¹Para una narración del proceso y martirio de Justino véase A.N.F., Vol. I, 305-306, or Stevenson, Págs.. 28-30.
- ⁷²Rostovtzeff, Pág. 266.
- ⁷³Ibíd.
- ⁷⁴Eusebio, H.E., Tomo 1; Libro V; Cap. 21.
- ⁷⁵W.H.C. Frend, Pág. 305.
- ⁷⁶Ibíd., Pág. 310.
- ⁷⁷Kidd, Pág. 337.
- ⁷⁸Hans Lietzman, *Cambridge Ancient History*, XII. P. 520. En lo sucesivo referido como C.A.H.
- ⁷⁹Coleman-Norton, Pág. 1180.
- ⁸⁰Kidd, Pág. 347.
- ⁸¹Frend, Pág. 321.
- ⁸²Rostovtzeff, Pág. 269.
- ⁸³Ibíd., Pág. 303.
- ⁸⁴Eusebio, H.E., Tomo 2; Libro IX; Caps. 4,7.
- ⁸⁵Eusebio, H.E., Tomo 2; Libro VI; Cap. 41.
- ⁸⁶Schaff, II. 60.
- ⁸⁷Duchesne, Pág. 267.
- ⁸⁸Coleman-Norton, Pág. 1181.
- ⁸⁹Hans Lietzman, C.A.H., XII, Pág. 521.
- ⁹⁰H.E., Tomo 2; Libro VII; Cap. 10.
- ⁹¹Ibíd.
- ⁹²Para una narración del decreto del segundo edicto de Valeriano, y del proceso y martirio de Cipriano, véase Stevenson's *A New Eusebius*, Págs.. 259-262.
- ⁹³H.E., Tomo 2; Libro VII; Cap. 13. Véase también Stevenson, Págs.. 267-268.
- ⁹⁴A. Alföldi, C.A.H., I., Pág. 207.
- ⁹⁵Gibbon, I., Pág. 633.
- ⁹⁶Véase Gibbon, I. Cap. 13, para una discusión del cambio gubernamental.
- ⁹⁷N.B. Baynes, C.A.H., Pág. 655.
- ⁹⁸H.E., Tomo 2; Libro VIII; Cap. 2.
- ⁹⁹Ibíd., Cap. 1.
- ¹⁰⁰Kidd, Pág. 513.
- ¹⁰¹Frend, Págs.. 480-481.
- ¹⁰²Gibbon, I., Pág. 641.
- ¹⁰³Frend, Págs.. 480-481.
- ¹⁰⁴H.E., Tomo 2; Libro VIII; Cap. 2.
- ¹⁰⁵Ibíd., Tomo 2; Libro VIII; Cap. 6. Véase también Lactantius, *On The Death of the Emperors*, A-N-F., Vol. VII., Pág. 306.
- ¹⁰⁶Coleman-Norton, Pág. 1183.
- ¹⁰⁷Lactantius, 21, Pág. 309.
- ¹⁰⁸Coleman-Norton, Pág. 1185.
- ¹⁰⁹Eusebio, *The Book of Martyrs*, Cap. 9.
- ¹¹⁰Lactantius, 33, Pág. 314.
- ¹¹¹Para una copia del edicto véase Lactantius, Cap. 34 (Pág. 315), Stevenson, Pág. 296, o C.A.H. XII., Pág. 672.
- ¹¹²Eusebio, H.E., Tomo 2; Libro VIII; Caps. 10, 14, y otros; Lactantius, 36 (Pág. 316).
- ¹¹³Lactantius, 49, Pág. 321.
- ¹¹⁴Coleman-Norton, Pág. 1188.